Telecciones de **FRANCISCANISMO**

**REVISTA
CUATRIMESTRAL**

Vol. VI

MAYO-AGOSTO 1977

N.º 17

Publica:

Provincia Franciscana de Valencia, Aragón y Baleares

Redacción y Administración:

Calle Franciscanos, 4; Apartado 7004, Valencia-3. Teléfono 331 92 02

LO QUE SAN FRANCISCO HUBIERA QUERIDO DECIR EN LA REGLA

Texto publicado con el mismo título en
Estudios Franciscanos 77 (1976) 375-391.

Uno de los aspectos más llamativos de la vida de Francisco de Asís es su conciencia carismática —«ninguno me enseñaba lo que yo debía hacer, sino que el mismo Altísimo me reveló...» (Test.)—, y por otro lado el empeño constante por someter a la comprobación y «confirmación» de la Iglesia Romana todo cuanto él emprende bajo el impulso del «espíritu del Señor». Su instinto superior, su fe, y también su profundo sentido de pobreza-minoridad, le hacían anteponer el fallo de la jerarquía a sus aspiraciones de Fundador, y ello no sólo por un principio de obediencia eclesial, sino aun como garantía de fidelidad al carisma: «para que, siempre súbditos y sujetos a los pies de la santa Iglesia, firmes en la fe católica, guardemos la pobreza y humildad y el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, que firmemente prometimos» (2 R 12).

Pero una actitud así, en quien vive a fondo la conciencia de una gran misión, no puede sostenerse sin tensión dolorosa. A Francisco le supuso renunciaciones y pruebas que purificaron amargamente su espíritu. Y ya es sabido el partido que sacaron de esas situaciones, primero los «espirituales» y, en la época moderna, historiadores protestantes como Sabatier, que han visto en el Poverello como una víctima del centralismo calculado de la Curia Romana.

El sufrimiento de Francisco, sin embargo, no tiene su causa en la obediencia, costosa sí, pero pronta y gozosa, a la Sede Apostólica, sino en el conflicto cada vez más vivo en el seno de la fraternidad.

I. EL PARTIDO DE LOS «PRUDENTES» FRENTE A LA REGLA

La fraternidad había comenzado a vivir y extenderse sobre la base de la «forma de vida», escrita «con pocas y sencillas palabras» y confirmada por Inocencio III en 1209. Era un texto abierto a nuevas modificaciones y adiciones, y aun a «estatutos» marginales, acordados en los capítulos a medida que eran exigidos por la vida real. Así se fue formando una Regla extensa de inspiración profundamente evangélica: un programa de *vida*, más que reglamentación de una institución. Quedó completa en 1221; es la que, entre los historiadores, es conocida bajo el nombre de *Regla no bulada*, porque su texto no obtuvo nunca la expresa aprobación pontificia.

Antes de esa fecha habían ocurrido ya hechos que delataban el conflicto serio entre la línea evangélica del Fundador, ésa que él llamaba «el camino de la sencillez», y la preocupación del sector de los letrados y hombres de gobierno por dar a la fraternidad, ya muy numerosa, una consistencia de institución, es decir, cohesión de cuerpo organizado, compromiso ascético común y posición social influyente.

Pero es más fácil poner en marcha un movimiento carismático que crear cauces institucionales nuevos vivificados por él. Un primer paso, de gran audacia creadora, fue la división de la fraternidad en provincias en el capítulo de 1217, sistema sin precedentes en la vida monástica. Era más cómodo, sin embargo, mirar a los modelos ya comprobados por larga experiencia, especialmente por lo que hace a ciertos elementos ascéticos que daban prestigio ante el pueblo a las Ordenes monásticas. Es la línea que pretendían seguir los «prudentes».

Bien conocido es el papel que jugó el Cardenal Hugolino en ese conflicto. Como jurista y hombre de Iglesia, daba la razón a los partidarios de la eficacia institucional, pero, por otra parte, veneraba y comprendía a Francisco; éste debía seguir siendo el guía espiritual indiscutido de la Orden. Mérito de Hugolino fue el que no se llegara nunca a una verdadera ruptura entre el Fundador y los «letrados» o «ministros», que iban tomando cada vez más en sus manos, como es natural, el régimen de las provincias; era el mismo san Francisco quien los nombraba.

Debió de ocurrir en el capítulo de 1219, que algunas fuentes confunden con el de las «Esteras» (éste parece que se celebró en 1221), cuando se produjo el primer encontronazo espectacular. He aquí el relato atribuido a fray León:

Estando san Francisco en el capítulo general de Santa María de la Porciúncula, llamado capítulo de las Esteras, al que asistieron cinco mil hermanos, un grupo de ellos, hombres sabios y prudentes, fueron a encontrar al señor Cardenal (Hugolino), el futuro papa Gregorio, que estaba presente en el capítulo; y le pidieron que convenciera a san Francisco de que siguiera los consejos de los hermanos sabios y se dejara dirigir por ellos; e invocaban las reglas y las enseñanzas de san Benito, de san Agustín y de san Bernardo, que enseñan que se debe llevar la vida regular de tal y tal forma. San Francisco escuchó la recomendación del Cardenal en ese sentido; después, tomándolo de la mano, lo llevó ante la asamblea del capítulo y habló a los hermanos en estos términos:

— ¡Hermanos, hermanos! Dios me ha llamado a ir por el camino de la humildad y me ha mostrado la senda de la sencillez. No quiero oír mencionar la regla de san Agustín, ni la de san Bernardo, ni la de san Benito. El Señor me ha dado a entender que quiere hacer de mí un nuevo fatuo en el mundo, y Dios no quiere que nos dejemos guiar por otra ciencia sino ésa. Quedaos con vuestra ciencia y vuestra prudencia; de ella se servirá el Señor para confundiros...

El Cardenal, estupefacto, guardó silencio, y todos los hermanos se llenaron de temor (LP 114; EP 68; A. Clareno: *Expos. Reg.*, ed. L. Olinger, Quaracchi 1912, p. 128).

La preocupación de los prudentes aparece en la razón: esas reglas «enseñan que se debe *llevar la vida regular de tal y tal forma*». Querían un apoyo jurídico y disciplinar más uniforme, menos expuesto a la improvisación y a la espontaneidad.

El grupo calló, pero no se convenció. Luego del capítulo de 1219, Francisco emprendió su viaje a Oriente, dejando en Italia dos vicarios suyos, Mateo de Narni y Gregorio de Nápoles; éstos, y los demás representantes del partido de los doctos, aprovecharon la larga ausencia del Fundador para dar el primer paso hacia la configuración monástica de la fraternidad. Los vicarios convocaron una asamblea de hermanos influyentes y promulgaron unos estatutos que, entre otras cosas, aumentaban los ayunos e imponían mayor rigor en la abstinencia (Jordán de Giano: *Chronica*, 11).

Francisco, al tener noticia de lo que estaba sucediendo, aceleró su regreso de Oriente. Pronto cayó en la cuenta de que se había iniciado en la fraternidad una evolución irreversible, que él no se sentía en condiciones de controlar; pero tampoco podía dejar la iniciativa en manos de unos hombres cuyos puntos de vista él no compartía. Y fue a buscar el apoyo y la autoridad de la Sede apostólica. Desde entonces comienza la intervención oficial de Hugolino como «Cardenal protector». El Fundador, sin abdicar de su responsabilidad como tal, se avino a dejar el gobierno de la Orden en manos de su fiel Pedro Cattani; fallecido éste el 10 de marzo de 1221, le sucedió fray Elías.

El capítulo de 1221 no tomó, a lo que parece, determinación alguna sobre la Regla, cuya redacción había completado Francisco con ayuda de Cesario de Spira. Lo que sí consta es que ni fray Elías ni los «ministros» la hallaron apta para hacerla aprobar como base jurídica de la Orden.

Entonces Francisco se retiró al eremitorio de Fonte Colombo, acompañado de fray León, su secretario habitual, y de fray Bonizzo, jurista acreditado; ayudado de ellos, redactó un texto más breve y más preciso. Fue al presentar esta Regla, cuyo tenor se desconoce, cuando tuvo lugar el encontronazo dramático de los hombres de gobierno con el Fundador, hecho del que se hacen eco las fuentes biográficas que dependen de fray León y también san Buenaventura. El relato de éste, en medio de su imparcialidad, es bastante significativo:

Queriendo san Francisco redactar, para hacerla confirmar, una nueva Regla en forma más concisa —ya que la anterior no era más que un centón difuso de textos del Evangelio—, se retiró a un monte con dos compañeros, bajo la guía del Espíritu de Dios... Cuando la hubo escrito, se la entregó a su vicario (fray Elías), pero éste, pocos días después, afirmó que la había perdido por descuido... (LM 4, 11).

Nótese el inciso despectivo sobre la Regla no bulada, cuyo texto no debió de conocer san Buenaventura.

En las otras fuentes, el dramatismo de la escena es mucho mayor: los ministros, enterados de que el Santo está escribiendo una nueva Regla, acuden a fray Elías y junto con él se presentan a Francisco para hacerle saber que ellos no están dispuestos a aceptar una Regla demasiado exigente. Entonces Francisco se pone en oración y se deja oír la voz de Cristo:

—Francisco, nada de cuanto hay en la Regla es tuyo; todo lo que hay en ella es mío. Y quiero que esta Regla sea observada a la letra, a la letra, a la letra, sin glosa, sin glosa, sin glosa...¹

Es patente el tono legendario y polémico del relato. Con todo, parece innegable el hecho de que esa nueva redacción presentada por Francisco no agradó a fray Elías y a los ministros, sea porque contenía cosas que a ellos les parecían demasiado heroicas, como parecen indicar las fuentes dependientes de fray León, sea porque faltaban en el texto ciertas medidas de buen gobierno que ellos consideraban necesario, como es muy probable.

El descuido de fray Elías, que dejó *perder la Regla*, es claro que fue un recurso intencionado para evitar que aquel texto fuera presentado, así como estaba, a la aprobación del Papa. Angel Clareno, a quien llegó ya muy fantaseada la tradición del suceso, afirma que los ministros, cuando ya el nuevo texto estaba redactado, «se lo sustrajeron furtivamente a fray León, que guardaba consigo la Regla entregada por san Francisco, y la escondieron, pensando que de esta forma impedirían el propósito del Santo de presentarla al sumo Pontífice para hacerla aprobar» (*Hist. septem tribulationum*, p. 69; *Expos. Reg.*, p. 9).

Francisco no se desalentó ante la oposición de los prudentes; quizá, humilde como era y abierto al pensar ajeno, supo valorar la parte de razón que les asistía. Volvió al mismo eremitorio y redactó otro nuevo texto; éste debió de ser examinado en el capítulo de 1223 y, después de nuevos retoques que Francisco discutió personalmente con Hugolino y con el Papa Honorio III, recibió por fin la aprobación con la bula *Solet annuere* de 29 de noviembre de 1223.

II. OMISIONES IMPUESTAS AL FUNDADOR

¿Cuáles fueron los puntos concretos objeto de ese forcejeo, doloroso para Francisco, por parte de los responsables del gobierno de la fraternidad y aun, en parte, de la Santa Sede? Sobre todo, ¿en qué grado tuvo

¹ LP 113; EP 1; Angel Clareno: *Expositio Regulae*, ed. L. Oligier, Quaracchi 1912, p. 9, 127; A. Clareno: *Historia septem tribulationum*, ed. A. Ghinato, Roma 1959, pp. 58-61; *Chronica XXIV Generalium*, en *Anal. Franc.*, III, Quaracchi 1897, p. 29.

que sacrificar el Fundador matices de su ideal en aras del bien de la institución?

Digamos, ante todo, que ese ideal quedó fundamentalmente intacto en la Regla definitiva. Todos los elementos más genuinamente evangélicos, ampliamente expresados en la Regla de 1221, se hallan en la de 1223, si bien más condensados y, a veces, hay que reconocerlo, reducidos a formulaciones convencionales que, en manos de los doctos, podían recibir un sentido opuesto al que había querido darles el Fundador, como sucede, por ejemplo, con el capítulo quinto sobre el trabajo, cuyo alcance e intención él se vería obligado a precisar en el Testamento.

Sobre el hecho global de que san Francisco tuvo que renunciar a incluir en la Regla cosas que hubiera querido poner, leemos en la *Leyenda de Perusa* este testimonio de fray León:

Nosotros, que estuvimos con él cuando compuso la Regla y casi todos sus escritos, somos testigos de que escribió, tanto en la Regla como en sus escritos, muchas cosas a las que algunos eran contrarios y, sobre todo, los superiores (*praelati*). Y a la verdad aquellas cosas, en que los hermanos se opusieron a san Francisco mientras él vivió, ahora, muerto el Santo, serían muy útiles a toda la Orden. Pero, como era muy enemigo de provocar escándalo, condescendía, bien a pesar suyo, con la voluntad de los hermanos...

Siguen unas amargas palabras de san Francisco lamentándose de no poder llevar a la fraternidad por el camino que su conciencia le dicta, «por causa de esos hermanos que, con la autoridad y con las luces de su ciencia, se lo echan abajo y se le oponen, diciendo: Tales prescripciones han de ser observadas y cumplidas, tales otras no» (LP 77; EP 11; A. Clareno: *Hist. septem trib.*, p. 57).

Como es natural, el punto fundamental de fricción era el de la pobreza absoluta, tal como la entendía Francisco, así en privado como en común. En su manera de ver las cosas, era la fraternidad como tal la que debía vivir al día, renunciando a toda forma de seguridad terrena y de instalación, no sólo económica, sino aun social e intelectual. No todos poseían ni la fe heroica del Poverello ni su voluntad de minoridad a todo riesgo. Aquí la victoria de Francisco fue completa: el capítulo sexto de la Regla bulada afirma con fuerza sin igual el ideal de pobreza absoluta; aun el entusiasmo de la redacción está indicando que salió así de la mente del Fundador. Era la respuesta a los prudentes en lo que constituía la misma razón de ser de la Orden; pero él mismo pudo prever que, por eso mismo, sería el caballo de batalla después de su muerte.

Como los ministros presionaban a san Francisco para que aceptara el derecho a poseer, *al menos en común*, a fin de que una tan gran muchedumbre de hermanos tuviera alguna reserva para el caso de necesidad, el Santo recurrió a Cristo en la oración pidiendo luz sobre este particular. La respuesta del Señor no se hizo esperar: la

comunidad, lo mismo que los individuos, debía ser totalmente pobre, ya que los hermanos forman la familia de Dios y, por numerosa que ésta sea, Él cuida de ella siempre que ella se confíe a Él (LP 112; EP 13; A. Clarenó: *Expos. Reg.*, p. 126 ss.).

III. «NADA LLEVEN PARA EL CAMINO»

El *Espejo de Perfección* comienza con estas palabras:

San Francisco escribió tres Reglas, a saber: una, la que fue confirmada, sin bula, por el papa Inocencio III; luego escribió otra, más breve, que fue perdida; finalmente, una tercera, que fue la que el papa Honorio III confirmó con bula. *Pero en esta Regla fueron suprimidos por los ministros muchos pasajes contra la voluntad de san Francisco.*²

En realidad, lo que aquí parece afirmarse es el influjo, históricamente innegable, que tuvieron los ministros en la redacción definitiva, convenciendo al Fundador de la inoportunidad de ciertos puntos que para él significaban mucho.

Uno de éstos se relaciona con el contenido del capítulo cuarto de la Regla primera, que llevaba por título: *Cómo los hermanos deben ir por el mundo*. En él se afirma la vocación peregrinante de la fraternidad: ir por el mundo, a la apostólica, fiados de la providencia divina y de la buena voluntad de los hombres, llevando el mensaje de paz en los labios, devolviendo bien por mal. Es una condensación de textos evangélicos que configuran al hermano menor en medio de la sociedad. El capítulo se abre con el mandato de Jesús al enviar a los apóstoles en plan de misión:

Quando los hermanos van por el mundo, *no lleven nada para el camino, ni mochila, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni bastón.*

La cita evangélica no es textual, sino que recoge los términos de Mt 10, 9 ss; Lc 9, 3 y 10, 4. Como es sabido, se trata del texto que hizo descubrir a Francisco a plena luz su vocación definitiva en la fiesta de san Mateo de 1209; algo que él llevaba muy en el corazón. Con todo, en el capítulo tercero de la Regla bulada, donde se dan normas muy evangélicas sobre el modo de *ir por el mundo*, no aparece ese texto.

Y las fuentes inspiradas en fray León acusan a los ministros de esa sensible omisión:

Quando san Francisco volvió de ultramar, cierto día un ministro conversaba con él sobre el punto de la pobreza, y quería conocer su

² EP 1; El texto citado se halla en el comienzo de la *Intentio Regulae* de fray León (L. Lemmens: *Documenta antiqua franciscana*, I, Quaracchi 1901, p. 83).

voluntad y pensamiento sobre ello. Le pidió, sobre todo, la aclaración del pasaje de la Regla que contenía *las prohibiciones del santo Evangelio: No llevéis nada para el camino*. San Francisco le respondió:

—Yo las entiendo de esta forma: los hermanos no deben llevar nada fuera del hábito con la cuerda y los calzones, como se dice en la Regla, y los que se vean obligados por la necesidad pueden llevar calzado (LP 69; EP 3).

Para Angel Clareno ese éxito de los ministros evidencia su hipocresía, ya que por una parte se declaraban seguidores del Evangelio y por otra eliminaban los textos más heroicos recogidos por la Regla:

A los prudentes según la carne les parecían, en general, pesadas e insoportables las cosas que san Francisco presentaba a los hermanos como reveladas por Cristo. Y los ministros hicieron quitar de la Regla primera el pasaje de las *prohibiciones del santo Evangelio* (*Hist. septem trib.*, p. 44).

Fray León dice así, en lo que escribió sobre san Francisco: Mas, aunque los ministros sabían que, según la Regla, los hermanos están obligados a observar el santo Evangelio, con todo, hicieron quitar el pasaje donde se dice: *No llevéis nada para el camino*; y siguieron persuadidos de que estaban obligados a la perfección del santo Evangelio (*Expos. Reg.*, p. 8).

IV. CARIDAD PARA CON EL HERMANO CULPABLE

La *Carta a un ministro*, escrita por san Francisco ciertamente antes de la Regla bulada,³ nos ofrece un caso muy claro de un texto preparado minuciosamente para ser insertado en la Regla, si el capítulo daba su conformidad, pero que sólo en parte aparece aceptado en la redacción definitiva:

De todos los puntos que, en la Regla, tratan de los pecados mortales haremos, con la ayuda de Dios, en el capítulo de Pentecostés, con el consejo de los ministros, este capítulo:

Si algún hermano, por instigación del enemigo, pecare mortalmente, esté obligado por obediencia a recurrir a su guardián. Y todos los hermanos, que hubieran tenido conocimiento de su pecado, no lo avergüencen ni le quiten la fama, sino más bien usen de gran misericordia con él; y tengan muy oculto el pecado del hermano;

³ Cf. K. Esser: *La Orden franciscana. Orígenes e ideales*, Aránzazu 1976, nn. 124, 150 y 183. K. Esser: *Über die Chronologie der Schriften des hl. Franziskus*, en *Arch. Franc. Hist.* 65 (1972) 49-51.

porque no son los sanos quienes tienen necesidad de médico, sino los enfermos (Mt 9, 12). Asimismo estén obligados por obediencia a enviarlo con un compañero a su custodio. Y el custodio atiéndalo con misericordia, como él quisiera ser atendido si se hallara en la misma situación. Pero si hubiera caído en algún pecado venial, confiéselo a un hermano sacerdote y, si no hubiere sacerdote, confiéselo a otro hermano, hasta poder hacerlo a un sacerdote que le absuelva canónicamente, como se ha dicho. Y éstos no tengan absolutamente potestad para imponerle otra penitencia que ésta: Vete y no peques más (Texto en H. Boehmer: *Analekten*, pp. 19 ss.).

En este interesante texto hay, ante todo, una enmienda del capítulo veinte de la Regla primera sobre la *confesión de los hermanos*. Allí se determinaba que, en lo posible, la confesión se hiciera con un sacerdote de la Orden, pero se daba libertad para hacerlo con cualquier otro sacerdote católico; y se preveía, como aquí, la confesión a cualquier hermano en espera de poder hacerlo con un sacerdote.

En la Regla bulada sólo se recogen las primeras palabras; el resto habla de los *pecados reservados* a los ministros provinciales; éstos, si son sacerdotes, les imponen la penitencia, y si no lo son, se la hacen imponer por otros sacerdotes de la Orden. Y se termina con una exhortación a «no dejarse llevar de la ira y de la turbación por el pecado del hermano», como lo exige la caridad.

Es evidente que el texto fue sopesado y limado, poniendo por fin el acento en la ayuda disciplinar que ofrecía a los superiores mayores el recurso canónico de los pecados reservados; mientras que san Francisco se movía en el contexto de la ayuda fraterna al hermano culpable, tal como aparece en toda la *Carta a un ministro*. Pero este aspecto pastoral y caritativo se ha conservado en la cláusula final.

V. EL DERECHO A «OBSERVAR LA REGLA PURA Y SIMPLEMENTE»

Aquí también el testigo de excepción es fray León, pero esta vez su testimonio nos ha llegado a través de Angel Clareno, cabecilla de los «espirituales» en los comienzos del siglo XIV.

La Regla primera, en el capítulo sexto, disponía que los hermanos que en un lugar «se vieran en la imposibilidad de guardar nuestra vida», debían acudir a su ministro y exponerle el caso; el superior debía ayudarles a buscar una solución, como a él le gustaría ser ayudado en ocasión similar.

Se trata del *derecho a la fidelidad a la propia vocación*, a la «vida» prometida. Pues bien, cuando llegó el momento de hacer pasar ese punto a la Regla definitiva, Francisco quiso darle el valor de una garantía en manos de los hermanos celantes del puro ideal frente a posibles impo-

siciones de los superiores, o al menos del ambiente de la comunidad, si éste era poco propicio a la fidelidad «pura y simple» a la Regla. Era en cierto modo el derecho a la *resistencia* que también el feudalismo reconocía en el vasallo víctima de contrafuero. En la intención del Fundador quizá se trataba de un medio de contrarrestar una posible evolución, desviada, de la institución bajo la guía de los responsables. La carta de la libertad dada a fray León es un indicio de este deseo del Santo de proteger a sus fieles en la libertad de espíritu.

En el relato recogido por Clareno, dice fray León que, cuando san Francisco presentó la Regla a la aprobación de Honorio III, estando allí presente el mismo fray León, el Papa puso un serio reparo sobre la redacción del párrafo del capítulo décimo que comienza: *Dondequiera que estuvieren los hermanos...* El Papa habría dicho:

—Para los hermanos no bien fundamentados en el amor de la virtud esas palabras podrían ser ocasión de ruina y podrían acarrear a la Orden división y escándalo. Quiero, pues, que esas palabras se cambien de tal manera que se evite toda ocasión de peligro y de división así para los hermanos como para la Orden.

San Francisco habría respondido:

—No he sido yo quien ha puesto en la Regla esas palabras, sino que ha sido Cristo... No debo ni quiero cambiar las palabras de Cristo...

El tono y, sobre todo, el principio atribuido a Francisco de que la inspiración privada debe prevalecer sobre los dictados de la jerarquía, delatan manifiestamente, si no una invención, sí al menos una manipulación de los espirituales o del mismo Clareno, que enseñaba esa doctrina. Ubertino de Casale, buen conocedor de los *rotuli* de fray León, no hace mención del diálogo de Honorio III con san Francisco, pero sí afirma que el párrafo en cuestión fue dejado así por éste en la Regla definitiva en previsión de un alejamiento oficial de la fiel observancia de la misma y para proteger a los celantes contra las extralimitaciones de los superiores.⁴

Pero podemos dar al relato tendencioso de Clareno un fondo histórico en el sentido de que san Francisco tuvo que hallar oposición por parte de los ministros para insertar ese párrafo precisamente en el capítulo de la obediencia. Es interesante comparar el texto que, según Clareno, habría presentado san Francisco con la redacción aprobada por el Papa:

TEXTO PRESENTADO SEGÚN CLARENO

TEXTO DE LA REGLA BULADA

Dondequiera que estén los hermanos, que supieren y conocieren que

Dondequiera que estén los hermanos, que supieren y conocieren que

⁴ *Rotulus*, ed. F. Ehrle, en *Archiv für Litteratur und Kirchengeschichte*, III, Berlín 1887, pp. 124 ss.

no pueden observar la Regla *pura y simplemente*, a la letra y sin glosa, deban y puedan recurrir a sus ministros; mas los ministros *estén obligados a conceder a dichos hermanos por obediencia*, benigna y liberalmente, sus peticiones, lo que si no quisieren hacer, tengan la licencia los tales hermanos de observarla literalmente, porque todos los hermanos, tanto ministros como súbditos, deben estar sujetos a la Regla (Expos. Reg., pp. 205 ss.).

no pueden observar espiritualmente la Regla, deban y puedan recurrir a sus ministros; mas los ministros recíbanlos caritativa y benignamente, y trátenlos de forma tan familiar que los hermanos les puedan decir y hacer como los señores a sus siervos, pues así debe ser, que los ministros sean siervos de todos los hermanos.

El texto transcrito por Clarenó se hace muy sospechoso al atribuir a Francisco la expresión «a la letra y sin glosa» («ad litteram et sine glossa»), que viene del legendario episodio de Fonte Colombo, ya mencionado. En los escritos personales del Santo no aparece esa terminología, más aún, es opuesta a su prevención contra el peligro de todo servilismo literal; en cambio, la expresión «*pura y simplemente*» («pure et simpliciter») es muy suya y es la empleada en el Testamento para indicar la observancia fiel de la Regla; pero también el término «*espiritualmente*» («spiritualiter») pudo estar en la redacción original de Francisco, ya que pertenece a su terminología personal: observar la Regla «espiritualmente» —según el Espíritu— es lo mismo que observarla «*pura y simplemente*».

La sospecha es tanto más fundada cuanto que el mismo Clarenó, en el relato del mismo hecho que da en la *Historia septem tribulationum* (p. 62), tan fuertemente polémica, suprime el *pura y simplemente*, y dice solamente «*observar literalmente*» («litteraliter observare»). La observancia *literal* era, en efecto, como la palabra de orden de los espirituales.

La sospecha se extiende, por la misma razón, al último miembro del párrafo; la misma redacción, en términos de derechos y de obligaciones, es impropia de san Francisco. Fray León pudo, no obstante, haber captado en todo aquel forcejeo la intención de san Francisco, que obraba a la base, de proteger a sus fieles seguidores.

Hubiera tenido o no que modificar el texto por él preparado, lo cierto es que todo el capítulo décimo de la Regla bulada responde fielmente a los conceptos expresados en textos paralelos de la Regla primera sobre la obediencia y la autoridad; más aún, la redacción definitiva del párrafo en cuestión es mucho más franciscana, por el tono y el contenido de **ayuda fraterna, familiar**, que el supuesto primer texto transcrito por Clarenó y atribuido a fray León.

VI. VENERACIÓN AL CUERPO DEL SEÑOR Y A SUS PALABRAS ESCRITAS

Francisco es el apóstol de la fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía, fe que se manifiesta en la preocupación por el descuido con que es tratado el *Cuerpo del Señor* en las iglesias. Ese celo creció en los últimos años de su vida, y le llevó a enviar al mundo cristiano su mensaje fervoroso en varias cartas exhortatorias.⁵

Unido a la veneración por el misterio eucarístico iba, en la piedad de san Francisco, su profundo respeto a las *palabras del Señor escritas*, y precisamente en relación con la misma fe en la presencia real eucarística. Era, además, su respuesta intuitiva a quienes podían acusarle de no apreciar suficientemente a los «teólogos y a los clérigos que predicán, proclaman y distribuyen las santas palabras del Señor».⁶

En la Regla primera había una cláusula, breve pero densa, sobre la recepción de la Eucaristía (cap. 20). Por el contrario, en la Regla bulada no se hace mención ni de la Misa ni de la Comunión. ¿Cómo se explica? ¿Fue un olvido de Francisco, o había de por medio alguna cuestión delicada en que tenía su parte la «prudencia» de los ministros?

Que el tema no era indiferente al Fundador lo vemos en la *Carta al Capítulo general*, escrita cuando ya fray Elías era «ministro general» y en ocasión en que, por su enfermedad, no le fue posible a Francisco asistir en persona. Luego de encarecer a los hermanos la reverencia al «santísimo Cuerpo y Sangre del Señor», dedica un largo párrafo a los sacerdotes, invitándoles a celebrar dignamente la santa Misa y a meditar en la dignidad de su ministerio. Luego viene una prescripción que, seguramente, debió de provocar reacción entre los hombres de ciencia: la Misa de la fraternidad. Mientras no hubo fraternidades locales no existió el problema: los hermanos asistían a la Misa en la iglesia próxima; pero ahora que esas fraternidades van apareciendo, con casas e iglesias destinadas a ellas, Francisco ve el peligro de la disgregación espiritual del grupo por razón de las Misas privadas; por eso manda que, aun habiendo varios sacerdotes, no haya en cada lugar más que *una Misa*; y da la razón teológica: la plenitud del misterio eucarístico no aumenta multiplicando las Misas, sino uniéndose a él en la caridad comunitaria.

Si la *Carta al Capítulo* fue escrita, como opina el P. Esser (*Über die Chronologie...*, pp. 28-39), antes de la Regla de 1223, no deja de extrañar el silencio total de ésta sobre puntos que tanta importancia tenían para el Santo; si la fecha es posterior, habría que ver en esa *Carta* un intento de subsanar semejante laguna.

⁵ Véase *Carta a todos los fieles*, 6; *Carta al Capítulo general*, 1; *Carta a todos los clérigos; Carta a todos los custodios; Carta a los gobernantes*. Ed. H. Boehmer: *Analekten zur Geschichte des Franziskus von Assisi*, Tübingen 1961, pp. 35, 39, 42s, 48.

⁶ *Carta a todos los fieles*, ibíd. Véase *Carta al Capítulo general*, 4; *Carta a todos los clérigos; Carta a todos los custodios*; ibíd.

Veamos lo que nos dicen las fuentes biográficas:

San Francisco profesaba tanta reverencia y devoción al Cuerpo de Cristo, que *quiso escribir en la Regla* que los hermanos, en las regiones donde morasen, tuvieran de él el mayor cuidado y atención, y que exhortaran y predicaran a los clérigos y sacerdotes que colocaran el Cuerpo del Señor en lugares dignos y convenientes; y si ellos no lo hacían, quería que lo hicieran los hermanos...

Asimismo, por razón de esa reverencia al santísimo Cuerpo y Sangre del Señor, *quiso poner en la Regla* que todo escrito con las palabras y los nombres del Señor, por medio de las cuales se hace el santísimo sacramento, cuando los hermanos las encontraran dejadas en lugares inconvenientes o dispersas en sitios no decentes, las recogieran y las colocaran con honor, para honrar al Señor en las palabras que Él habló...

No lo escribió en la Regla, sobre todo porque los hermanos ministros no creyeron conveniente que se impusiera eso a los hermanos en forma de mandato; pero el santo padre quiso, no obstante, dejar su voluntad clara sobre esos puntos en el Testamento y en otros escritos suyos (LP 80; EP 65).

Se ha supuesto que la razón de la oposición de los ministros a la inserción de esas prescripciones era el temor a que ello originara dificultades con el clero secular. Más bien soy del parecer que la razón está clara en el texto de la Leyenda de Perusa: no consideraron esos puntos como materia propia de un documento jurídico, tal cual debía ser la Regla, en el concepto de ellos. Y Francisco se habría avenido, aunque sin renunciar a su campaña en favor de la reverencia al Cuerpo del Señor y a sus palabras escritas. Ni es de creer que hubiera sido Honorio III quien las borrara del texto, ya que él mismo había publicado poco antes una notable bula insistiendo en los puntos de vista del Poverello y hasta en los mismos términos. Queda la duda de si fue Francisco el que influyó en ese documento pontificio o fue la publicación del mismo lo que despertó en él el celo por la debida conservación de la Eucaristía en los últimos años de su vida.⁷

La voluntad de Francisco está bien clara en el *Testamento*. Recomienda, primero, la fe y la veneración hacia los sacerdotes, en atención, sobre todo, a su ministerio eucarístico, y añade:

Y estos santísimos misterios quiero, sobre todas las cosas, honrar, venerar y colocar en lugares preciosos. Y los santísimos nombres del Señor y sus palabras escritas, dondequiera que las encontrare en lugares inconvenientes, las quiero recoger y ruego sean recogidas y colocadas en lugar decente.

⁷ Bula *Sane cum olim*, 22-XI-1219; texto en K. Esser: *Über die Chronologie...*, p. 31 ss.

VII. EL ESPÍRITU SANTO, «MINISTRO GENERAL DE LA ORDEN»

Para san Francisco era esencial, en el concepto de fraternidad evangélica, la perfecta nivelación entre los hermanos en plan de igualdad. Llamaba al mundo «la región de las desigualdades»; por lo tanto, quienes han dejado el mundo para seguir a Cristo, unidos entre sí como hermanos, deben desconocer todo desnivel al interior de la fraternidad.⁸ Por otro lado, tenía una fe viva y concreta en la realidad del Espíritu Santo presente en la Iglesia y en cada uno de los miembros de Cristo, en cada hermano; es Él quien guía, con su «unción» y su «operación» a los hermanos, tanto súbditos como superiores, si cada uno es dócil a su «inspiración» y a su impulso.⁹

Y un día, explicando su pensamiento sobre este tema, tuvo una expresión feliz, muy oportuna para disipar ciertas situaciones ambiguas que se iban creando, sobre todo desde que él dejara el gobierno de la Orden, conservando la autoridad moral y las atribuciones de fundador: el Espíritu Santo es el *Ministro general* de la fraternidad; Él reposa por igual en todos y realiza la igualdad; de Él debe dejarse guiar lo mismo quien manda como quien obedece. Valía la pena ponerlo en la Regla; pero se le hizo comprender que era ya tarde: una vez que el pergamino de la aprobación pontificia había quedado sellado con la *bull*a (sello de plomo), no era ya posible ni añadir ni quitar nada al texto. La Regla había pasado a ser una «decretal» pontificia. Y debió de caer en la cuenta entonces de que terminaba una época, aquella en que la Regla se iba haciendo y adaptando al ritmo de la vida de la fraternidad —verdadera «forma de vida»—, y de que comenzaba otra época, la de un documento ya cerrado —*praeclusum*, como dice Celano— que se podrá interpretar, pero no modificar; y él temía más las «glosas» de los prudentes a una letra fijada jurídicamente, que las adaptaciones del espíritu, siempre vivo, a las exigencias de la vida.

Quería que en la Orden hallaran puesto los pobres y los ignorantes al igual que los ricos y los sabios. «Ante Dios, decía, no hay acepción de personas; y el Ministro general de la Orden, que es el Espíritu Santo, reposa por igual sobre el pobre y el sencillo». *Quiso poner esta cláusula en la Regla, pero la bulación ya hecha se lo impidió* (2 Cel 193).

En esta ocasión podemos suponer que los «ministros» se alegraron de que no hubiera posibilidad de incluir en la Regla una expresión, bella sí, pero poco jurídica, y hasta peligrosa. Por lo demás, Francisco ya había logrado decirlo suficientemente al escribir en el capítulo décimo: «Deben desear sobre todas las cosas tener el espíritu del Señor y su santa opera-

⁸ Véase L. Iriarte de Aspurz: *Vocación franciscana*, Valencia, Selecciones de Franciscanismo, 1975, 2.ª ed., pp. 171-175.

⁹ *Ibid.*, pp. 66-75.

ción», y al reconocer, en el capítulo doce, el derecho a realizar la vocación misionera al hermano que quiere, «por inspiración divina», ir entre los infieles.

* * *

En definitiva, Francisco no logró poner en la Regla todo cuanto hubiera querido, y la causa estuvo en la manera diversa como valoraban sus íntimas preocupaciones los «prudentes» responsables de la marcha de la Orden. Pero no es fácil precisar en cada caso hasta dónde llegó el choque y qué es lo que tuvo que renunciar el Fundador a decir en el texto definitivo. Una cosa, con todo, parece cierta: nadie intentó sustituir a Francisco en sus atribuciones de legislador, ni siquiera en su responsabilidad de autor directo del texto. Francisco reconocía la autoridad legítima del Capítulo, y por eso sometió a la decisión de la asamblea de los ministros sus propuestas sobre la Regla; y aceptó el fallo del Capítulo. Reconoció, con mayor razón, la suprema autoridad de la Sede apostólica, y parece que ciertas cosas recibieron una última revisión por orden de Honorio III en el momento de preparar la bula de aprobación. Ni siquiera los «espirituales» más fanáticos, que recriminaron a los ministros el haber impedido la traducción de textos caros al Fundador, llegaron nunca a afirmar que la Regla bulada no fuera obra de Francisco en todas y cada una de sus partes, más aún, «inspirada por Cristo» literalmente.

¡ ATENCIÓN !

Para todo lo referente a nuestra Revista, Redacción o Administración, dirijase a:

SELECCIONES DE FRANCISCANISMO

Apartado 7004

C/ Franciscanos, 4

VALENCIA-3